

A ras de obra. La crítica y el crítico.

Rafael Santos Torroella, nos queda su obra, fue un escritor de arte, por encima de todo, además de crítico punzante e historiador riguroso, tal y como sugirió Guillermo de Torre mediada la década de los 60. Alguien que, entre sus cualidades, posee aquel *écrit de finesse* que demandaba el clásico.

Nacido en Portbou en 1914, alcanzaría en estas fechas el centenario, cifra astral para recuperar su memoria y precisar la bastedad de sus apreciaciones artísticas. Su obra escrita es extensa, con incursiones sobre el cartel. Turner, Valeriano Bécquer y Salvador Dalí, de cuya obra enigmática es todavía un valedor certero y un experto de prestigio internacional, como demostró su investigación *La miel es más dulce que la sangre*. Un crítico diríamos militante, sus trabajos periodísticos merecieron un par de recopilaciones brillantes: *Del románico al pop art* y *Revisiones y testimonios*, un muestrario magistral, más que muestrario un prontuario magistral de su actividad crítica diaria y puntual. A estas críticas “a ras de obra” remite la reivindicación de una manera de describir el arte que propongo al espectador contemporáneo.

Santos Torroella fue además un poeta singular. Soy de la opinión de quienes piensan que la verdad del arte la entienden y descifran los poetas, que calan intuitivamente el núcleo, la medula formal de esa conjura plástica que sintetiza toda obra de arte genuina. Figura destacada también de una generación de críticos excepcionales, una segunda Edad de Plata diría yo, entre la que recuerdo agradecido en nuestro entorno algunos nombres cardinales: Juan Cortés, Palau y Fabre, Alberto del Castillo, Joan Perucho, Alexandre Cirici, Rodríguez-Aguilera, Maria Lluïsa Borràs, Arnau Puig y Corredor Matheos.

Rafael Santos Torroella personalizó una exigencia característica del hombre ilustrado, viva todavía en su mundo de ayer: era un hombre de cultura. Desde sus primeros años universitarios en Valladolid y Salamanca destacó como un inquieto *incordiador* cultural que colaboró en los programas didácticos republicanos con una iniciativa entusiasta, ajena a desalientos de toda índole. Esta peculiar y envidiable virtud civil lo transformó durante los grises cincuenta y las convulsas décadas que siguieron en un respetado referente de la cultura crítica catalana en España, y castellana en Cataluña.

La personalidad y la obra de Rafael Santos Torroella serán objeto del debate que sigue y celebra su centenario, con la curiosidad que despierta la densidad de su obra –el profesor, el artista, el investigador, el editor, el activista. Un motivo nuevo de sorpresa por su magnitud y su versatilidad temática y cultural. El homenaje también a la inolvidable generación de Gaya Nuño, Lafuente Ferrari, Camón Aznar, Moreno Galván y Julián Gállego, entre tantos otros que renovaron la crítica del arte peninsular desde la brillante alternativa hispana de aquellos años. En ocasiones comentaba con Rafael el tema resbaladizo, para él decisivo, de convención y ruptura en la tradición del arte. Todo arte se fundamenta en convencionalismos, concluíamos, que se corresponden con un modo singular de expresión. Si deseamos comprender el arte debemos aceptar sus convencionalismos y atrevernos a apreciar sus disonancias. Entrar en el cercado artístico y ver las cosas con los ojos, transparentes o empañados, del artífice. En definitiva, la lección, las lecciones mejor, de un maestro.

J. F. Yvars